

La tarde libre de la niña aprendiz

Mauricio Mendez



Image not found.

Capítulo 1

La tarde libre de la niña aprendiz

El Atenal era una construcción a las afueras de una pequeña ciudad, donde vivía una orden de hombres sabios en muchas áreas de la ciencia, talvez los más prominentes de varias regiones colindantes. En los inicios de la orden, para distinguir su pericia y dignidad, el viento les regaló alas de lechuza para que volaran en las grandes alturas del conocimiento. De tal forma que cuando ellos eran escogidos para convertirse en aprendices, se les otorgaba un par de alas que crecían según incrementaban su sabiduría.

Ser invitado a habitar el Atenal era un orgullo para cualquier hombre pero desde hacía un tiempo, no asomaban jóvenes promesas; de repente, la ciencia se había estancado o ya no interesante para el mundo exterior, nadie lo podía responder. El punto es que los sabios estaban preocupados porque se volvían mayores. ¿A quién le dejarían todo el acervo y tradición acumulada?.

Un día, de la nada apareció a las puertas del Atenal, una bebé dentro del cuenco de un morro. Los sabios volaron por los alrededores y más allá, buscando alguna pista sobre la procedencia de la niña sin encontrar ni una sola. Mientras eso sucedía, la bebé los puso en aprietos porque esos hombres tan inteligentes no tenían ni la menor idea de cómo cuidarla. Entre tanta torpe maroma por lograrlo, terminaron encariñándose con ella y sin nadie que la reclamara, decidieron adoptarla para que en un futuro se convirtiera en su nueva aprendiz.

La niña creció. Era menudita, de piel suavemente acaramelada y ojos más brillantes que los luceros. Cuando tuvo la edad de ser aprendiz, los sabios le regalaron un vestido azul profundo estampado con todos los astros en movimiento y un par de pequeñas alas blancas de lechuza. Ella era el desparpajo y nota alegre dentro de la vida contemplativa de los sabios, quienes, siendo hombres viejos y mañas sedimentadas, se dejaban arrastrar divertidamente en el cumplimiento de nuevas costumbres impuestas por la joven y dulce dictadora.

Por las tardes, la niña aprendiz subía a la parte más alta del Atenal para ver el sol caer sobre la ciudad vecina. Alcanzaba a oír la algarabía del final del día y ver el inicio jugueteón de las luces nocturnas. Siempre se preguntaba cómo sería ir allá y estar en medio de ese atractivo desorden que rutinariamente presenciaba. Repetidas veces, la niña aprendiz pedía a los sabios que le contaran historias de afuera, cómo era la gente o a qué se dedicaban y los sabios le soltaban a cuenta gotas algún detallito; también repetidas veces, todos remataban con la misma frase: "*afuera es*

salvaje y peligroso”.

El espíritu alegre y curioso de la niña aprendiz se resistía a creer esa opinión y una idea subversiva sobre salir y verlo por si misma empezó a germinar en su cabecita. Sin embargo, entre tanta ocupación, la prudencia y la tonelada de conciencia, los planes de escape nunca cuajaban.

Una tarde, descansando después de sus lecciones y quehaceres, subió a la parte más alta del Atenal y llamó su atención varios rombos de colores suspendidos sobre una loma cercana. Volaban; algo que no alcanzaba a distinguir los detenía desde el suelo pero volaban. Ella tenía alas y nunca había volado, todavía no era edad para aprenderlo le dijeron. Entonces su curiosidad se elevó a niveles insospechados, aderezados con toques de rebeldía y picardía: ella saldría del Atenal e iría a volar a esa loma y de paso, iría a investigar de qué se trataban las luces nocturnas y la algarabía.

El plan de escape sería el siguiente: por la tarde del día de todos los santos, que estaba muy próximo, todos los sabios se enclaustraban en su habitación a orar y no habría control alguno de la entrada excepto la gruesa cerradura de la puerta de la portería cuya llave era custodiada por el sabio guardian. Ella se tendría que ingeniar para conseguir la llave y saldría por unas horas para cumplir su itinerario de aventura. Ya estaba.

Llegó el día de todos los santos y después del almuerzo, los sabios se dirigieron a sus habitaciones para dedicarse a la oración. Ella también lo hizo pero solo un ratito. Se colgó un pequeño morral de cuero, donde echó una vela y un chal blanco para cubrirse las alas. En puntillas, entró a la habitación del guardián y con mucho cuidado, tomó el manajo de llaves de una mesa; el sabio ni se inmutó probablemente por encontrarse sumido en medio de una profunda y somnolienta oración. Sacó la llave que necesitaba del manajo y abrió la cerradura de la puerta de entrada. Afuera: aire limpio, sol agradable y camino polvoroso. Guardó la llave en el morral, se puso encima el chal e inauguró la aventura.

La loma estaba relativamente cerca del Atenal. No tuvo que desviarse de la vía principal hasta llegar a un cruce donde iniciaba una pendiente moderadamente empinada que la llevaría a la cima de la loma. A medio camino, en un pedazo descampado de la ladera, unos niños jugaban con los rombos de colores que ella vio desde el Atenal. Eran de papel pegado a un esqueleto frágil de madera, con una larga cola también de papel y atada al centro del dorso con un fino cordel. Los niños corrían a lo largo del breve predio, afianzando con el cordel al rombo, que flotaba detrás. Con unos pocos intentos, el viento condescendiente tomaba con sus manos a los rombos y los encumbraba hasta que era difícil distinguirlos en el cielo. La niña pensó: *“¿Con que así se vuela?, tendré que correr, tomar velocidad y saltar para que el viento me impulse. Parece fácil. Probaré en*

la cima de la loma para que nadie me vea...".

La cima era achatada, en forma de terraza desde la cual observaba la ciudad, el Atenal, los bosques circundantes. Se quitó el chal, dejando al descubierto sus pequeñas alas blancas. Las extendió y movió despacio hacia arriba, hacia abajo, rotándolas un poco y finalmente rápido. "Bueno" se dijo, "probemos". Caminó al inicio de la explanada y comenzó a correr. Dio un brinco, agitando las alas; se separó un poco del suelo pero cayó aparatosamente. Lo intentó tres veces más, ampliando la distancia corrida y lo único que cambiaba era la cantidad de centímetros que se separaba del suelo. No podía correr más porque la terraza no sería suficientemente larga y caería al vacío. "Ni modo, ya vine y no me iré de acá sin volar" se convenció. Cerró los ojos enfocando su pensamiento en ella tocando las nubes para conocer cómo se sentían al tacto. Respiró hondo y corrió. Cuando llegó al borde de la explanada, saltó con todas sus fuerzas, agitando las alas lo más rápido que pudo. El viento, entretenido con el esfuerzo hecho pero sobretodo sorprendido por la fe puesta, envió una de sus ráfagas para que recogiera a la niña aprendiz de su caída. La ráfaga la lanzó más alto donde otra ráfaga la asió para impulsarla hacia adelante. ¡Volaba!. Irregularmente como mala caligrafía, pero lo hacía y ella sola, sin instrucciones o regaños. Lo primero que hizo fue dirigirse a la nube más blanca y redondeada que vio en el celaje y la tocó: era elástica y extremadamente suave; la bautizó y se convirtió en su amiga de ahí en adelante. Arrastrando la nube al sitio donde estaban los niños, se acostó sobre su amiga para darse un tiempito de apaciguar la excitación viendo los rombos encumbrados, por momentos serpenteando encabritados, por momentos congelados. Parecía sueño pero era realidad, ya se había pellizcado tres veces y dolía. Cuando el sol comenzó a menguar, se sentía más relajada; su amiga nube la bajó a la cima y la niña aprendiz la despidió ondeando animadamente su mano. Se puso el chal nuevamente, tomó su morral y emprendió su camino cuesta abajo, feliz, a continuar su itinerario.

Cuarto de hora caminando, llegó a la plaza central de la ciudad. El ambiente era festivo, seguramente estaban celebrando algo. Las luces y música inundaban el lugar, mucho más de lo que estaba acostumbrada a percibir desde el Atenal y a lo lejos distinguió que avanzaba un desfile con personas disfrazadas bailando y otras encaramadas en carretas, cantando un estribillo que decía: "Ángeles somos, del cielo venimos pidiendo ayote para nuestro camino, mino, mino, mino". Se detuvo a un lado de la calle a ver pasar el desfile completo, examinando cada uno de los disfraces cuyos significados no comprendía pero intuía que se referían a personajes mitológicos de la zona. En la plaza le regalaron un puré de algo semejante a calabaza mezclada con miel que le pareció muy sabroso y se sentó a comerlo en una banquita cercana al quiosco central del parque mientras miraba como finalizaba el desfile.

En realidad, cualquier lugar, hasta aquellos a los que estaba familiarizada, eran peligrosos; además, por concepto, la aventura tenía una dosis alta de riesgo porque había incursionado en un lugar extraño, lleno de gente desconocida. Después lidiaría con su cargo de conciencia porque en ese instante, con el dulce en su boca, la estaba pasando de lujo. Sin embargo, ya era hora de regresar antes que los sabios se dieran cuenta que no estaba en casa. De la decoración del parque, tomó un morro al que le habían abierto orificios en forma de ojos y boca, e introdujo la vela que cargaba en su morral para que le sirviera de farol. Con su luz pudo orientarse de vuelta al Atenal.

Llegó a su casa, sin sobresaltos, sin sabios buscándola. O sea, todavía seguían en sus menesteres espirituales. Eso era bueno. Entró a su habitación y se sentó a la orilla de la cama a repasar el día. No podía decir que había hecho algo malo y tampoco que riesgo medido era la mejor forma de describirlo. Si no lo hubiese hecho así, no habría volado.... ¡Voló!.... no importaba otra consideración. Vistió su ropa de dormir y se zambulló emocionada a la cama pensando en su nueva amiga, en su nueva habilidad. Tenía que repetirlo pronto, con mejores maneras claro, porque no se trataba de ser rebelde a las reglas. No, eso no era ella.

Se trataba de reconocer que existía un mundo afuera, uno enorme, lleno de aventuras, que aguardaba por ser alcanzado. Y ella nació para vivirlo de primera mano.